

EL SOCIALISTA

ÓRGANO CENTRAL DEL PARTIDO OBRERO

APARECE LOS VIERNES

La correspondencia de Redacción dirijase á Pablo Iglesias, la de Administración á Felipe Peña Cruz.

Subscripción trimestre: España, 1 pta.; Portugal, 1,50; Exterior, 1,75.
Venta: paquete de 80 números, 1 peseta.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: ESPÍRITU SANTO, 18, 2.º IZQUIERDA

EN EL PANTANO

El espectáculo que hace días ofrecen las Cámaras españolas constituye una lección elocuentísima que debe aprovechar el proletariado en primer término, y después cuantos, levantando su inteligencia sobre las miserias de la política al uso, deseen ver á este país libre de las ligaduras con que lo amarran é inmovilizan las pandillas que lo explotan y lo envilecen.

Porque hay que repetirlo una y mil veces: lo que estamos presenciando, á ciencia y paciencia de las gentes, sólo puede ocurrir en una nación donde se haya perdido toda idea de lo que exige el más elemental instinto de conservación, donde no exista el más remoto concepto del poder de la soberanía nacional, tan ponderado por el fariseísmo reinante, y donde la manse dumbre de la masa general de los ciudadanos haya llegado á tal extremo de sumisión vergonzosa, que haga posibles todos los escarnios y todas las ignominias.

Eso y no otra cosa significa el debate mantenido con elocuencia digna de mejor causa en la llamada Cámara popular por Gobierno y oposiciones. Pues qué, ¿habrá alguien capaz de demostrar que hay alguna finalidad útil para el país en la dilucidación del asendereado problema de los suplicatorios? Sea cualquiera el resultado de la empalagosa discusión, en cuya esencia nos repugna entrar porque no nos agrada gastar el tiempo en balde, ¿dejarán de quedar las cosas como estaban, esto es, dejará de estar la inmunidad parlamentaria á merced de la conveniencia de Gobiernos y mayorías, y dejará en todo caso de constituir privilegio irritante que por un mismo delito unos ciudadanos gocen de impunidad y otros sean objeto de todos los rigores de la ley?

Pero aunque esto en realidad constituya tema interesantísimo de Derecho parlamentario, ¿no hay motivos sobrados para formular las más acerbas censuras contra los que á estas alturas del régimen no lo tienen definitivamente resuelto y escogen para plantearlo el momento más inoportuno? ¿No es esto la condenación más categórica de la incapacidad de las gentes que nos gobiernan hace tiempo y de las que aspiran á substituirlos?

Sin embargo, y por triste que sea reconocerlo, esto que sucede tiene una explicación lógica, que habremos de señalar, no para que sirva de corrección á quienes representan intereses distintos y opuestos á los de nuestra clase, sino para que sea atendida por todos los trabajadores, ó por lo menos por aquellos que ya tienen conciencia de sus deberes como tales.

Es la burguesía española seguramente la más torpe é ignorante del mundo capitalista: ni tiene la más leve idea de su misión histórica de clase dentro del régimen de la explotación, ni sabe imitar el ejemplo de sus similares de otros países, ni siquiera en la esfera política sabe desempeñar su papel de elemento preponderante.

Porque ignora lo primero, vémosla aferrada á los más anticuados procedimientos y métodos en el campo de la producción, así agrícola como industrial, prefiriendo fiar sus miserables ganancias al agotamiento de las fuerzas de trabajo, en vez de centuplicarlas por el empleo de los grandes elementos científicos modernos, y sin calcular que, en definitiva, la depauperación del proletariado significa el empobrecimiento general, la ruina total de la nación, que es lo que á pasos agigantados se nos viene encima.

Consecuencia forzosa de esta falta de conciencia de clase es lo que vemos en el terreno político: á una burguesía carente de ideales tiene que corresponder una representación política desposeída de verdaderas dotes gubernamentales, incapaz para las arduas empresas que exige la vida de los pueblos modernos, y apta sólo para la miserable política de encrucijada y de zancadilla, ó, á lo más, para el torneo oratorio insubstancial y estéril.

Fuera nuestra burguesía lo que debiera ser, y sus representantes parlamentarios, en lugar de perder días y días en discusiones académicas, aplicarían su actividad al estudio y resolución de los mil problemas que afectan á la vida del país.

A tales mandantes, pues, tales mandatarios, y de ahí que los problemas más vitales permanezcan en el olvido, y que voces como las que ya tímidamente se han levantado en la Asamblea de las Cámaras de Comercio contra la esterilidad del Parlamento caigan en el vacío, mientras tan inocentes censuras no se truequen en resoluciones enérgicas y decisivas.

En lo que concierne al proletariado, mucho tiene que aprender en todo lo que nos rodea: á no padecer monomanía suicida, los trabajadores todos, así los indiferentes como los que nutren las filas de los partidos llamados radicales, no tienen más remedio que reconocer que contra una burguesía y unos políticos tan torpes que no saben acudir ni al más leve lenitivo de los males públicos y que ven indiferentes la miseria y la desesperación de la clase productora, no hay recurso de mayor eficacia que robustecer el partido de los desheredados, el que compendia y sostiene todas las reivindicaciones de los despojados y de los sometidos, el Partido Socialista, en fin, que si hoy tuviera la fuerza necesaria, sería el más poderoso reactivo contra la ruina política burguesa en que la nación languidece y se aniquila.

La semana burguesa.

La Guardia Civil ha dado muerte á un bandido que desde hace mucho tiempo campaba por sus respetos en la provincia de Valencia.

Esto nada tiene de particular. Lo que sí lo tiene es el haberse hecho público que el bandido muerto contaba con la protección de personas significadas que lo amparaban y hasta ocultaban en sus propios domicilios, á cambio de los servicios políticos que el *roder* les prestaba, quitando estorbos de en medio con su escopeta.

A cualquiera se le ocurre que esos amparadores de bandidos debieran á estas horas hallarse sujetos á procedimientos judiciales para averiguar la clase de complicidad que les unta con el interfecto.

Pues no, señor, no hay nada de eso. El muerto habrá ido al hoyo, y los vivos que le protegían seguirán gozando de la consideración de personas honradas y quizá á estas horas anden á caza de un sustituto para el auxiliar malogrado.

En las posesiones que en Africa tienen varias naciones europeas han estallado graves insurrecciones, y los indígenas, alzados en armas, están causando grandes daños y haciendo muchas bajas en las guarniciones europeas.

«Parece ser» que todos los salvajes están provistos de armas de fuego modernas que les proporcionan comerciantes europeos poco escrupulosos, á quienes nada les importa que esas armas siryan para ser empleadas contra sus propios compatriotas.

En la sociedad capitalista, el negocio es lo primero, y las consideraciones de humanidad son valores que no tienen cotización.

En un pueblo de la provincia de Castellón, dos individuos que tenían resentimientos mutuos, resolvieron ponerlos fin desafiándose á escopeta y sin testigos para no comprometer á nadie.

Del encuentro resultó muerto uno de los contendientes y el otro fué conducido á la cárcel tan pronto como la Guardia Civil tuvo conocimiento del terrible duelo.

Nada más lógico — dirán ustedes — sino que sea reducido á prisión todo el que mate á otro.

Menos cuando se envía á uno al otro mundo con todas las reglas del arte y en presencia de testigos.

Que en estos casos hay bulas para los vivos.

Y si no, hagan ustedes un poco de memoria.

Los taurófilos tenían convocado el domingo un mitin *chez el Gallina* — bonito mote, ¿eh? — para protestar contra la supresión de las corridas en domingo.

Mas he aquí que llega la hora de dar

principio á la reunión, y la Comisión organizadora no pareció.

Hasta que cansados de esperar decidieron retirarse por el foro los aficionados al arte de Cúchares, diciendo pestes de quienes habían ejercido de capitanes Araña.

De modo que la tragedia en que iban á caer las cabezas de los causantes de la supresión de las corridas se convirtió en sainete.

Es la terminación más adecuada que pueden tener ciertos movimientos de opinión.

A causa de una explosión de grisú han perecido dos obreros en una mina de carbón de Asturias.

Como siempre, la causa del siniestro se atribuye á imprudencia de uno de los mineros al abrir su lámpara.

Es un modo muy cómodo de eludir las Empresas la responsabilidad en que incurren al no tener las explotaciones carboníferas en condiciones de ventilación suficientes para evitar siniestros de esta índole.

Pero este subterfugio ya no vale, sobre todo conociendo el resultado de la información mandada practicar por el Instituto de Reformas Sociales á raíz de la catástrofe de Villanueva de las Minas.

La responsabilidad de las Empresas es evidente.

Sólo que no podrá hacerse efectiva mientras los trabajadores no cuenten con una potente organización que las obligue á cumplir lo preceptado por las leyes.

Porque de la iniciativa de las autoridades é inspectores de minas ya sabemos lo que puede esperarse.

El invierno se acerca con todo su séquito de escaseces y miserias.

Comprendiéndolo así, los *pobres* ex ministros del Consejo de Estado, que por la enorme tarea de no hacer nada cobraban el infimo jornal de 15.000 pesetas anuales — con descuento; hay que hacerles esa justicia — han acudido en alzada ante la Presidencia del Consejo para que se les aumente siquiera hasta las 20.000 del ala.

Porque es lo que se habrán dicho esos *pobres* jubilados: — Cuando hoy todo el mundo tiende á mejorar sus condiciones de vida, no hemos de ser nosotros menos que los albañiles, pongamos por caso.

No se sabe si prosperará la petición de esos jornaleros de á 60 000 reales; pero ¿y si no es atendida, qué harán? ¿Se declararán en huelga?

Los pelos se ponen de punta al pensar el pavor que reinará en esos hogares al entrever la triste silueta del hambre.

Sabido es que en caso de guerra entre dos naciones, las demás están obligadas á observar la más absoluta neutralidad.

Esto es oficialmente; porque luego cada una hace lo que puede para favorecer los intereses de sus respectivos comerciantes.

El contrabando en la guerra actual entre Rusia y Japón es un filón para los negociantes de ambos continentes, que venden sus productos indistintamente á uno ú otro de ambos contendientes con toda publicidad.

Como que la tal neutralidad es sólo un espantajo que sirve para ocultar esas transgresiones del Derecho internacional.

Business is business es la divisa de la sociedad burguesa, y lo demás es todo secundario.

«Por cierto» que el presidente de los Estados Unidos, según dicen los periódicos, va á tomar la iniciativa de invitar á las Potencias á que celebren una nueva Conferencia de la Paz.

Y hasta es posible que se celebre, y que se convenga en someter á un arbitraje las futuras diferencias entre las naciones.

Sin perjuicio de que luego ocurra lo que hizo Inglaterra cuando su única guerra de conquista en el Transvaal, que mandó al cuerno cuanto se había concertado en la Conferencia de La Haya.

Mientras la sociedad humana no salga de la era burguesa, los intereses materiales lo dominarán todo, á despecho de todas las Conferencias de la Paz habidas y por haber.

¡PARA SALVAR LA REPÚBLICA!

Para salvar la República fué por lo que entró Millerand en el Gabinete Waldeck-Rousseau y por lo que los socialistas de gobierno, cuando no aspiran á la cartera, apoyan á los Ministerios y reciben los beneficios del Poder.

¡Semejante República es su alto ideal!

Sin embargo, esa República, expresión política de los intereses económicos de la clase parásita, de la clase capitalista, es el reverso de la República de la clase productiva, de la clase de los trabajadores, que el Socialismo quiere levantar sobre sus ruinas; no responde ni aun á las esperanzas que los pequeños burgueses, campesinos y obreros, fundan en la forma republicana, y es, por el contrario, la mejor servidora en todos los órdenes que ha tenido en Francia la clase capitalista.

Hace más de treinta años vienen sucediéndose en el Gobierno políticos del orden moral, del oportunismo y del radicalismo; y todos, no obstante sus diferencias de opinión, se han consagrado á los intereses capitalistas, votando derechos de aduanas para elevar la renta que pagan los cultivadores y condenar al hambre al pueblo; emprendiendo expediciones coloniales para dar salida á productos que los industriales detentan á los obreros; poniendo al servicio de los patronos policía, ejército y magistratura para aterrorizar las huelgas. Los republicanos de las grandes marcas oportunistas y radicales no han escalado el Poder más que para traicionar sus promesas de la oposición; para votar el presupuesto del clero, que para ellos es el enemigo; para no votar el impuesto sobre la renta, que continúan prometiéndolo; para aumentar los impuestos que siempre prometen aligerar; para aplazar constantemente los retiros obreros que les sirven de reclamo electoral; para subvencionar las filibusterías industriales y financieras, mientras aseguran que las Cajas del Tesoro están exhaustas cuando se trata de pagar á las mujeres obreras parturientas seis semanas de descanso y de bienestar.

Si la tercera República ha atravesado crisis, estos republicanos son los responsables de que se hayan producido; ellos, que al desengañar por su incapacidad reformista á los pequeños burgueses, á los campesinos y á los obreros, los han impulsado, no á querer derribar la República, sino á reclamar un hombre que los librase de esos políticos ineptos y criminales: creyeron haber encontrado este salvador en un general sin victoria y sin prestigio, que no valía más que aquellos de quienes estaban hartos.

Estos republicanos, bajo la dirección de Ferry, firmaron el sindicato de los satisfechos, para oponerse al sindicato de los descontentos, que había elegido por jefe á Boulanger.

Millerand no opinaba entonces que la República estuviese en peligro; pero creía que era preciso cuanto antes salvarla de aquellos republicanos que la habían comprometido, y lanzó su retumbante grito de guerra: ¡Ni Ferry ni Boulanger! La República se hallaba tan poco en peligro, que bastaron un Constans y algunas medidas de policía para salvarla, haciendo poner pies en polvorosa al bravo general y á su banda de ganapanes, que querían salvar la República ocupando los puestos de los oportunistas y radicales.

El salvamento de la República por Constans no salvó más que á los republicanos satisfechos, que estaban perdidos en la opinión pública. El interés de la República reclamaba la renovación del personal político; la derrota bulangista les autorizó á conservar el Poder; y como la República son ellos, declararon que habían salvado la República.

Pudo creerse que hubieran aprovechado la lección; pero políticos tan groseramente apegados á las prebendas son incapaces de aprender nada: disipado el temor, mostráronse más desdefiosos aún hacia los intereses de la República. Mas no tardó en presentarse una nueva crisis; esta vez venía atenuada y faltábale sólo un personaje decorativo para simbolizarla. Jesuitas, monárquicos, antisemitas, patriotas y nacio-

